

Libros

CONFORTI ROJAS, María Cristina. (2009). *Hacer hombres. La alianza de la humanidad en el pensamiento educativo de Giner de los Ríos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Colección Anábasis. ISBN: 978-958-716-287-5. Número de páginas: 283.

Presentación de Diego Pineda en el lanzamiento de la obra

Lo que España necesita y debe pedir a la escuela no es precisamente hombres que sepan leer y escribir; lo que necesita son “hombres”, y el formarlos requiere educar el cuerpo tanto como el espíritu, y tanto o más que el entendimiento, la voluntad, la conciencia del deber, el espíritu de iniciativa, la confianza en sí propio, el carácter y, juntamente con esto, la restauración del organismo corporal, tan decaído por causa del desaseo, del exceso de trabajo y la insuficiencia de alimentación; tal debe ser, en aquello que corresponde a sus medios, el objetivo de la escuela nueva.

Francisco Giner de los Ríos

EN EL PRÓLOGO A SUS LECCIONES sobre *Historia de la pedagogía*, Wilhelm Dilthey dice:

Estas lecciones han sido para mí, en cierta consideración, desde hace muchos años, las preferidas de mis cursos. Como profesor de Colegio, yo mismo he reunido experiencia en el campo de la educación, y esto es imprescindible para el trato riguroso y fructífero de los problemas pedagógicos. He podido seguir el proceso educativo de innumerables personas que se han dedicado a este campo. He investigado, con particular preferencia, en la ciencia fundamental de la psicología precisamente las formas superiores de la vida anímica que aquí se presentan. Así llego no desprovisto de armas a esta misión. Pero esta misión misma es una de las más altas de la filosofía, pues, desde un punto de vista general, la floración y fin de toda verdadera filosofía es la pedagogía en su más amplio sentido, como teoría de la formación del hombre (Dilthey, 1968: 9).

Tal vez nos resulte extraño que un filósofo tan reconocido como Dilthey nos hable de sus experiencias como maestro o que se refiera a sus lecciones sobre historia de la pedagogía como sus cursos preferidos, o incluso que señale a la psicología como “ciencia fundamental”. Seguramente más que extraña, nos resulta molesta, su afirmación según la cual “la floración y fin de toda verdadera

filosofía es la pedagogía en su más amplio sentido, como teoría de la formación del hombre”. Buena parte de esa extrañeza y esa molestia podrían disiparse, sin duda, si intentamos comprender sus afirmaciones en el contexto de ideas y problemas en los que éstas se gestaron. Empezaré, pues, por algunas consideraciones generales que nos ayuden a entender no sólo las palabras de Dilthey sino lo que, en este caso, es más importante: el libro de la profesora Cristina Conforti sobre la filosofía educativa de Francisco Giner de los Ríos.

En primer lugar, no debemos olvidar que, todavía en el siglo XIX, saberes que hoy solemos ver de forma separada —como la filosofía, la psicología y la pedagogía— formaban una profunda unidad. Lo que entonces llamaban “psicología” o “pedagogía” eran partes integrales de los sistemas filosóficos. Así ocurre no sólo en Dilthey —en cuyo caso, sus estudios sobre temas psicológicos o pedagógicos son elemento imprescindible de su sistema de ideas filosóficas— sino en muchos otros pensadores europeos y de otras latitudes. Un caso sintomático de ello es que, en 1894, John Dewey fue invitado a presidir el nuevo Departamento de Filosofía, Psicología y Pedagogía de la Universidad de Chicago, pues para ese entonces no sólo era, a pesar de ser muy joven aún, un importante profesor de filosofía en su país, sino que contaba ya con un reconocimiento internacional como pedagogo y, además de conocer los métodos de la nueva psicología experimental, había desarrollado importantes investigaciones sobre la noción de “arco reflejo” en psicología. Un mismo interés, que no era otro que el del más pleno desarrollo de la humanidad, tanto en el individuo como en la sociedad, era el que animaba a los pensadores de esta época y los llevaba a indagar en campos que veían tan afines como los ya mencionados.

Por otra parte, el devenir del pensamiento filosófico en el siglo XIX resultaría incomprensible si no se partiera de la pretensión de construir un ideal de humanidad. A los filósofos, desde esta perspectiva, les corresponde no sólo elaborar sistemas de pensamiento que den cuenta del carácter unificado de la experiencia, sino, con base en ello, imaginar propuestas de transformación social que hiciesen posible el desarrollo más pleno del ideal de humanidad propuesto. Ello, desde luego, habría de conducir al desarrollo de proyectos revolucionarios —como en la filosofía marxista— y a ideales de transformación paulatina de la humanidad a través de una progresiva ilustración del género humano —como en las filosofías idealistas de corte ilustrado— o incluso en esa gran propuesta de educación del ser humano que es el positivismo de Augusto Comte.

En tercer término, la construcción de este nuevo ideal de humanidad tiene como su medio fundamental la educación. Quien lo señaló de forma más radical fue Kant en la introducción a su *Pedagogía*. Dice allí Kant:

Únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre. No es sino lo que la educación le hace ser. Se ha de observar que el hombre no es educado más que por hombres, que igualmente están educados. [...] Es probable que la educación vaya mejorándose constantemente, y que cada generación dé un paso hacia la perfección de la humanidad; pues tras la educación está el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana. Desde ahora puede ocurrir esto; porque se empieza a juzgar con acierto y a ver con claridad lo que propiamente conviene a una buena educación. Encanta imaginarse que la naturaleza humana se desenvolverá cada vez mejor por la educación, y que ello se puede producir en una forma adecuada a la humanidad. Descúbrese aquí la perspectiva de una dicha futura para la especie humana (1983: 31-32).

Esta idea de la educación como el secreto de la perfección constante del género humano será, junto a la idea una ciudadanía cosmopolita, una de las herencias fundamentales del kantismo a los filósofos y educadores de las generaciones posteriores. No es, sin embargo, de Kant de quien me propongo hablar, sino de la resonancia de sus ideales filosóficos en un campo específico: el de la educación. Y ello porque al filósofo no sólo corresponde comprender las ideas en su concatenación —esto es, como parte de un sistema— sino, también, seguir el curso de esas mismas ideas en su desarrollo histórico. En tal sentido —como lo sugiere el texto ya citado de Dilthey— corresponde a él de forma primordial comprender cómo la historia del pensamiento pedagógico es también elemento central del desarrollo histórico del filosofar en cuanto allí se desarrolla una teoría de la formación del hombre que está en plena consonancia con las ideas primordiales de todas las épocas y lugares.

El libro de Cristina Conforti, que hoy presentamos al público lector, busca precisamente recoger los ecos de esta visión kantiana de la formación de la humanidad a través de la educación, en la reformulación que de su filosofía hace el filósofo alemán Karl Krause y del impacto que el krausismo tuvo en la España de finales del siglo XIX y comienzos del XX en el pensamiento educativo de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza (en adelante ILE).

Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832) estudió en Jena entre 1797 y 1804, en donde fue alumno de Fichte y Schelling. A pesar de que nunca llegó a ocupar en firme una cátedra universitaria (en parte debido a la persecución de los masones y del propio Schelling), pretendía, sin embargo, ser el verdadero continuador de la

filosofía kantiana frente a quienes consideraba sus falsos intérpretes: Fichte, Hegel y el propio Schelling. A pesar de su poco éxito académico, y tras una vida azarosa y de sucesivas persecuciones, a su muerte algunos de sus discípulos publicaron muchos de sus manuscritos, lo que llevaría a un reconocimiento póstumo de su obra.

Como bien lo destaca Cristina Conforti (2009: 14-16), Krause retoma el espíritu de la filosofía práctica kantiana en orden a establecer lo que él mismo llamará un *Ideal de humanidad para la vida*, según el título de una de sus obras más conocidas. Para Krause, la humanidad se encuentra en un continuo progreso hacia niveles cada vez mayores de racionalidad. La clave de dicho crecimiento —que es un crecimiento moral y no sólo un incremento cuantitativo de materiales y herramientas— está no en asociaciones limitadas, como el Estado y la Iglesia, sino en las asociaciones efectivamente universales (las familias, las naciones y los pueblos), que son la fuente misma de donde brota la moralidad. Su ideal de humanidad, entonces, no conduce a la exaltación del Estado como regulador de la sociedad civil, sino que apunta hacia la idea de una federación mundial de asociaciones libres que se unen para salvaguardar su especificidad y libertad. Aunque kantiano en su origen, el ideal de humanidad de Krause va más allá de los postulados kantianos de una ciudadanía cosmopolita o de un Estado supranacional, se dirige hacia la idea de una federación de asociaciones libres. Esta idea krausista de una “alianza de la humanidad” sólo es posible, desde su perspectiva, con la educación.

Esta filosofía de la historia, de claro cuño idealista —como igualmente lo destaca Conforti (2009: 15-16)— convive en Krause con una concepción pragmática de la filosofía. Para él, la filosofía, sin desmedro de su actividad teórica, debe ocuparse del conjunto de problemas que atañen a la existencia concreta. Esta concepción pragmática de la filosofía fue la que atrajo no sólo a Giner de los Ríos sino a otros españoles, y a europeos de distintas naciones, hacia la filosofía de Krause. “Su concepción de la tarea de la educación como un cierto hacer hombres —agrega Conforti refiriéndose a Giner de los Ríos— expresa de manera clara el espíritu de la concepción práctica de la filosofía desarrollada por Krause” (Conforti, 2009: 16).

Si bien la filosofía krausista tuvo un cierto impacto en otros países europeos, fue en España donde alcanzó su más amplia difusión, especialmente a través de Julián Sanz del Río (1814-1869) y de la traducción que éste hizo del libro de Krause, *Ideal de la Humanidad para la vida*. El krausismo llegó a convertirse en España en un amplio movimiento de reforma social y educativa que influyó de modos distintos en la cultura de la época. Comenta a este respecto Antonio Alegre Gorri:

El movimiento aglutinó a gente de diversas esferas; políticamente eran liberales y reformistas; en el aspecto religioso propugnaban un catolicismo liberal en el que la fe se supeditara a la razón; literariamente se enfrentaron al clasicismo y al romanticismo, desechando, asimismo, la fácil literatura de gusto burgués, deseando, en fin, en lo tocante a la educación, una total reforma de la enseñanza y de la Universidad, combatiendo los seculares vicios de la ociosidad y facilidad, así como propiciando un ambiente de honestidad y trabajo. Por ejemplo, siguiendo los ideales de Krause, tan entusiastamente defendidos por J. Sanz del Río, querían una Universidad libre, es decir, independiente del Estado y de la Iglesia, financiada por la sociedad civil y al servicio de la misma. En dicho modelo se inspira la Institución Libre de Enseñanza (1985: 26).

Donde el krausismo tuvo un más alto impacto en la sociedad española de finales del siglo XIX y comienzos del XX fue, sin duda, en el campo de la educación, y ello a través de la obra de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) y la ILE, de la que fue uno de sus fundadores y su principal impulsor. Giner pertenece a lo que se conoce como la segunda generación del krausismo español, o “generación institucionalista”, pues su magisterio está por completo ligado al esfuerzo de renovación de la educación y de la cultura españolas a través de la ILE, creada en 1876.

Pero ¿qué era esta ILE? Ante todo, era un centro privado (es decir, no estatal y no eclesiástico) de educación donde se pondrían en práctica todas aquellas ideas reformadoras que la enseñanza oficial no toleraba. Allí el espíritu libertario de la filosofía krausista habría de encontrarse con el influjo de los grandes filósofos de la educación y de los principales reformadores pedagógicos de los siglos anteriores (Comenio, Rousseau, Pestalozzi, Froebel) para dar lugar a una institución que marcaría los derroteros de la renovación pedagógica y cultural de la España anterior a la Guerra Civil. Allí, sobre todo, se desarrollarían teóricamente y se pondrían en práctica muchos de los avances filosóficos y pedagógicos que más directamente determinarían el derrotero de la educación de España y de otras latitudes: los métodos activos de enseñanza, el énfasis en el contacto con la naturaleza y las tradiciones populares como materia educativa, la libertad de pensamiento y de cátedra, el principio de la libertad religiosa en la educación, la educación femenina y la coeducación, el énfasis en el desarrollo de la cultura, más que en la mera instrucción como meta de la educación; la formación integral y armónica de todas las facultades humanas como único camino posible para el desarrollo pleno de un ideal de humanidad, entre otros. Aunque la intención de Giner en un comienzo era que la ILE se convirtiese en una especie de “Universidad libre” (en el sentido de no dependiente de los poderes instituidos), terminó siendo un instituto de enseñanza

primaria y secundaria. No por ello se quedó reducida a ser “una escuela más”, sino que fue el fermento a partir del cual se desarrollaron muchas otras instituciones como el Museo Pedagógico, la Escuela Superior de Magisterio y la Junta para Ampliación de Estudios, entre otras.

Lo más interesante de la obra de Giner es que logra combinar una sólida formación intelectual de corte humanístico, cuyos pilares básicos son la filosofía y el derecho, con una indudable vocación pedagógica y un liderazgo reformista que dan como resultado una filosofía educativa que desarrollará especialmente en múltiples artículos y otro tipo de escritos que, compilados, dieron lugar a veintiún tomos. El libro de Cristina Conforti, que es, ante todo, un estudio cuidadoso del pensamiento educativo de Giner de los Ríos, no sólo hace un recorrido minucioso por sus principales escritos filosófico-educativos, sino que intenta mostrar de qué forma sus ideas pedagógicas se encuentran vinculadas, por una parte, con el espíritu de las filosofías de Kant y Krause y, por el otro, con sus realizaciones pedagógicas al frente de la ILE. La investigación de Conforti es, en este sentido, no sólo sólida desde el punto de vista de su estructura, que nos va introduciendo paulatinamente en la filosofía de la educación de Giner, sino que es una muestra de trabajo documental riguroso, pues, aparte de la bibliografía ya existente sobre el krausismo, tuvo la ocasión de consultar las bibliotecas y archivos tanto de la Universidad Pontificia de Comillas, en Madrid, como del Gimnasio Moderno, en Bogotá.

Como ya lo he sugerido, a partir del texto de Dilthey que he citado al comienzo de este escrito, la reconstrucción de la historia de la pedagogía es parte esencial de la tarea del filósofo. Para mí, la razón fundamental de ello es que en la educación encontramos la síntesis más completa de lo que es y ha sido una cultura, pues la educación es precisamente aquella síntesis que una cultura hace de sí en orden a conservarse y proyectarse a generaciones posteriores. Cuando Werner Jaeger, por ejemplo, quiso dar cuenta de los ideales más elevados de la cultura griega no encontró un término que recogiera de forma más plena lo que eran los ideales de la cultura griega, que el término *Paideia*. Al filósofo corresponde, entonces, no sólo organizar las ideas en sistemas de pensamiento unificados, sino también estar atento al devenir de esas ideas, así como de las prácticas a través de las cuales dichas ideas se configuran, se expresan y se reconstruyen.

Si bien el krausismo fue un fenómeno básicamente español, y de la España posterior a los procesos de independencia de los pueblos americanos, muchos de los ecos de dicho fenómeno resonaron de muchos modos en nuestro país. Particularmente claro fue el influjo de la obra de Giner de los Ríos y la ILE en el

pensamiento de don Agustín Nieto Caballero y la fundación del Gimnasio Moderno en Bogotá, en 1914. El libro de Cristina Conforti dedica su última parte a mostrar este vínculo entre el institucionalismo español y el trabajo teórico y práctico de Nieto Caballero. Con ello, esta obra se constituye no sólo en un estudio concienzudo del gran pensador español con el que podemos tener muchos intereses comunes, sino que hace un aporte significativo en la construcción de nuestra historia educativa. La constitución de una tradición filosófica propia empieza por la apropiación crítica del pensamiento de otros y, en este sentido, el trabajo de Cristina Conforti marca un derrotero, y abre un campo de investigación, que seguramente, en el futuro, otros encontrarán que vale la pena transitar.

Referencias

ALEGRE GORRI, A. (2002). El krausismo y su difusión en España. En Krause, K. C. F. *Ideal de la humanidad para la vida* (21- 24). J. Sanz del Río (trad.). Barcelona: Ediciones Folio.

CONFORTI ROJAS, M. C. (2009). *Hacer hombres. La alianza de la humanidad en el pensamiento educativo de Giner de los Ríos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Colección Anábasis.

DILTHEY, G. (1968). *Historia de la pedagogía*. Buenos Aires: Losada.

KANT, I. (1983). *Pedagogía*. Madrid: Akal.

KRAUSE, K. C. F. (1985). *Ideal de la Humanidad para la vida*. J. Sanz Del Río (introducción y comentarios). Barcelona: Orbis.